



Lugares que somos

UN BOCETO PARA FRUTILLAR DEL LAGO

por CARLOS MORAND

(A la familia Winkler y el Café Loreley)

Tenemos la costumbre, quizá demasiado humana, de no cumplir ciertas promesas que a cada rato nos estamos haciendo. Una de ellas, y que con mayor frecuencia dejamos sin cumplir, es la de conocer de cerca esos pueblos que hemos circulado desde la distancia del camino o del asiento del tren y cuya belleza o situación en el paisaje siempre nos impulsan a exclamar: "¡Ahí me gustaría vivir!". En verdad, pocas veces, para no decir nunca, cumplimos la promesa de visitarlos. El auto o el tren terminan de pasar y con la misma rapidez se evapora nuestra entusiasmo, quedando aquellas imágenes en movimiento como un destello fugaz en los recuerdos del viaje.

Pero no hace mucho decidimos volver esa crónica negligencia hacia nuestros propios deseos y arrebatos espontáneos, y partimos a conocer un paraje que yo sólo había alcanzado a apreciar —de esto hace ahora once años— desde la distancia de un camino, cuyo conductor no tenía tiempo para contemplaciones turísticas. Dicen que viajar es poseer el mundo. Menos ambiciosos, nosotros nos conformamos con mirarlo un momento cara a cara y no como nos obliga la rutina, por el ojo de la cerradura.

FRUTILLAR DEL LAGO

Después de padecer, por más de un día el estruendo metálico del tren, el silencio del lugar pecaba en los oídos. Había de un rincón del sur de Chile que los vez muchos ya conocen el pueblo de Frutillar que se levanta sobre la ribera occidental del Llanquihue. El silencio era absoluto. Como si la omnipresencia del agua absorbiera todos los ruidos. El fenómeno trajo a mi memoria la confesión de Aristarco cuando llegó a su destino en una de las levas del Ege: "Si me quedara aquí demasiado tiempo me moriría de exceso de tranquilidad; me matarían a fuerza de amabilidad". Esa quietud perpetua, casi aturadora, induce a pensar en fuerza o a fealdad, en un objeto, pues de pronto pensamos que nos hemos quedado solos. Sin embargo, al poco rato, nos sorprendemos hablando a nosotros mismos, como si estuviéramos en el interior de una iglesia. No hay, pero los negros nubarrones que nunca dejan de pasar, nos recuerdan desde arriba que ellos son los verdaderos señores de la región. Cuando no sopla el viento (ruido más posible, sólo los mecánicos, apocados y escondidos) uno se siente vivir bajo una campana de vidrio. El ambiente sosegado hace

del Llanquihue una vasta superficie gris, tan absoluta en su inmovilidad como el silencio del aire, convirtiendo el lago en una plancha de azogue que invita a caminar sobre ella. En esa parte, la tierra forma una bahía cuyas extremos son dos torres de nidos y redondeados porfiles que se adentran en la serenidad de las aguas. Hay algo surreal en esas volutas verdes y tercos, salpicados de pequeñas arboledas, que la atmósfera clara aproxima al espectador hasta ponerlos al alcance de su mano. Mientras al fondo, se desdibujan, en la lejanía, un descomunal cono de helado de gine se recorta contra el cielo, el Osoño, cuya silueta tiene la simplicidad de un niño. En verdad, aquella mole reproduce la idea más exacta que todos, cuando chicos, nos hemos hecho de la forma de un volcán.

El pueblo de Frutillar se reduce a una costanera que se extiende a lo largo de un kilómetro bordeando el Llanquihue, y a treinta o cuarenta casas en hilera con sus fachadas vueltas hacia el agua. Costa grande, de madera con balcones, construida en un estilo, si no alemán genuino, notablemente inspirado en su arquitectura rural. Hay dos iglesias (una protestante, la otra católica) con sus respectivas campanarios que se elevan a la misma altura. Desde la cumbre de una cueva y a cierta distancia, Frutillar, por su ubicación, sus casas y sus torres, semeja una aldea secular enclavada en un recodo del Rhin o del Danubio austríaco. Ignore si obligadamente hablando es el paraje más hermoso de esa parte del sur de Chile, pero sin duda posee la singularidad de la obra de arte. No se parece a ningún otro pueblo o villorrio de aquellas comarcas. Puerto Montt hace pensar en lo que Valparaíso debió ser hace un siglo. Aun recuerdo Talcahuano y Corral. Frutillar, en cambio, no se parece a nada que ha-

ramos visto, al menos en Chile, y es la síntesis perfecta de todos los elementos naturales y arquitectónicos que componen la geografía de las provincias australes. A vuelo de pájaro, tiene la pluriel de la maquieta; no vemos chimeneas, fábricas ni poblaciones obreras, como en Llanquihue; y a la inversa de lo que empieza a ocurrir en Chilo, en Valdivia o incluso en Puerto Varas, conserva casi intacta una arquitectura tradicional que parece inventarse expresamente para ese paisaje. Sus únicos muros visibles son el edificio municipal (¡oh eterna fatalidad que inspira la hoguera fiscal!) y una hermosa iglesia, tanto al lago, como todavía en crecimiento pero que en su obra gruesa trae ya la memoria de la fealdad irreparable. La casa eclesial es —según afirman— copia de un edificio de Santiago. Tal vez lo sea de la Escuela de Laszlo o del Mercado "Internacional", pero en todo caso aquí se habla reducido a una escala apenas apta para pignones.

Originalmente, Frutillar fue fundado en el sitio que más arriba he descrito. Pero con el tiempo, la carretera nacional y el ferrocarril hicieron que la localidad se prolongara a la parte alta, por donde pasan ambas vías de comunicación. Hoy día se habla de dos Frutillares: el alto y el bajo (del Lago), los dos separados por unos tres kilómetros; de camión (línea de casas) en Frutillar albo comenzaron a instalarse el comercio y la industria; en el otro, la tranquilidad y el silencio para hartazgo del convecinista. Aquí se vive tranquila, llana y quedamente, de puertas para dentro. Casi no se ve gente circular por sus calles lo que acentúa la impresión de una pulcra maquieta, o, si así lo desean los musaítrapos de las urbes multitudinarias, de una ciudad utópica. Frutillar del Lago hace pensar en un sitio inventado para residir, no para trabajar. A simple vista lo ha-

gamos como un suburbio residencial de un pueblo varo cuerpo económico permanece cuidadosamente oculto. Y también a simple vista nos parece que toda esa aura de bienestar, de seguridad y de prosperidad fue consecuencia de un hecho milagroso. Sin embargo, en Frutillar se trabaja, y mucho; la mayoría de los que habitan sus casas son propietarios de los fundos y parcelas vecinas.

UNA NOVELA SIN FICCIÓN

Como Valdivia, como Puerto Varas, como Puerto Montt, Frutillar es, desde hace más de un siglo, un punto vivo de la geografía chilena, gracias al león de las familias que descienden de los inmigrantes alemanes que llegaron alrededor de 1850. Esa corriente colonizadora, una de las mejores que le han cubierto en suerte recibir a este país, ha impuesto un sello inequívoco a las provincias del sur, un sello que no ha desaparecido y que tal vez pronto desaparecerá. El espíritu de esta aventura humana es lo primero que copa y habita al visitante sensible a las sugerencias del mundo. En Frutillar no resistimos a la tentación de intentar de hacer preguntas, de escarbar como arqueólogos. Lleno a riesgo de parecer demasiado curioso ante los ojos de nuestros anfitriones, con el ánimo de conocer detalles de esa verdadera epopeya que fue la colonización del sur. Aquel grupo de pioneros venidos de casi todas las regiones de Alemania había para nosotros una leyenda o un espectáculo de las aventuras de Paper Moon, si no viésemos sus nombres grabados en las 15 pódas del cementerio local y sus fotografías reproducidas en las cubetas rubias y en las cartas locales de los habitantes del pueblo. En "Eduardo Winkler", por ejemplo, todo lo que así se nos cuenta es correcto, pero, al mismo tiempo, cierto, todo lo que así se nos cuenta es cierto, pero, al mismo tiempo, inver-

Robert in Frutillar". Eduardo o Heinrich Winkler fue uno de los primeros colonos que llegaron en 1853 y que los muchos años se dedicaron a desarrollar las minas para convertir el sur chileno, de Valdivia a Puerto Montt, en lo que ahora es "Podavie". Hoy, trabajar estas tierras continúa siendo un negocio cuantioso y pese a un año de progresos en técnicas agrícolas, una empresa es si la heredada, como la de Eduardo. Los descendientes de los pioneros alemanes conservan la ilibada compasión de sus antepasados, y el hecho de ser nietos de un patrimonio agrícola no les disminuye un solo el sacrificio que deben consagrar para explotarlo. Es fácil comprender que la prosperidad no los ha ablandado en el real sentido de la palabra. De ahí que una reforma agraria se lesa sentir en ellos como la peor de las injusticias. No se trata aquí del caso del dueño de fundo que vive cómodamente en la capital, Madeigra, trabajando de ahí a sí, estos hombres sobreviven una vida cotidiana tan dura y laboriosa como la de sus antepasados. Iniciada en 1950, la aventura prosigue, quizá nunca termine la naturalización austral no corre de urgencia.

Hace rato que ha anochecido y la luna llena comienza a elevarse sobre el Llanquihue; un paisaje de farfeta postal o de un grupo arquitectónico, después de la democracia, una composición casi perfecta para lo que sea auténtica. Sin embargo, lo es: el volcán, el lago, el reflejo de la luna sobre el agua están ahí, compuestos en un cuadro en el cual uno demora la mirada. Como siempre, me quedo. El paso del día a la noche, después de un crepúsculo de verdes y rojas sutiles, se ha hecho a través del mismo silencio sosegado, como si el mundo se hubiera transformado de golpe en una gran cámara vacía. Pero ya es más que un sentimiento fugaz. En la casa vecina se ha encendido una luz, un perro ladra a la distancia. Entonces volvemos a pasar en los primeros días de esta tierra, cuando el grito de una voz humana todavía no podía la oscuridad de los colacos, y reparamos que en su historia hay algo de los tantos entosados que un escritor podría registrar de la memoria colectiva; repárase y fijar en una de esas obras que alguien, no recuerdo quién, definió como "novelesca sin ficción": todo lo que así se nos cuenta es correcto, pero, al mismo tiempo, cierto, todo lo que así se nos cuenta es cierto, pero, al mismo tiempo, inver-

Un boceto para Frutillar del Lago [artículo] Carlos Morand

Libros y documentos

AUTORÍA

Morand, Carlos, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un boceto para Frutillar del Lago [artículo] Carlos Morand

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile